

ANTHONY McFARLANE and EDUARDO POSADA-CARBÓ (ed.): *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems.* London, Institute of Latin American Studies, University of London, 1999, 192 págs.

El libro que se reseña a continuación hace parte de una serie de publicaciones realizadas en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, desde el año 1995, como resultado de encuentros académicos dedicados a temas relevantes del siglo XIX. Hasta el momento se han publicado 4 libros, incluido el actual, dentro de la colección denominada *Nineteenth-Century Latin America Series*, así: Eduardo Posada-Carbó (ed.) *Wars, Parties and Nationalism: Essays on the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*, 1995; Eduardo Posada-Carbó (ed.) *In Search of a New Order: Essays on the Politics and Society of Nineteenth-Century Latin America*, 1998; y Eduardo Zimmerman (ed.) *Law, Justice and State Building: Essays in the History of Judicial Institutions in Nineteenth-Century Latin America*, 1999.

El presente libro es una colección de ensayos que se ocupa de perspectivas y problemas de la Independencia y la Revolución en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX. El mismo consta de una introducción y dos partes; en la primera aparecen tres ensayos dedicados a temas historiográficos e interpretativos del fenómeno de la Independencia en términos comparativos y metodológicos; la segunda aborda aspectos relativos a conflictos, ciudadanía, cultura y nacionalismo en varios países del área hispanoamericana.

Anthony McFarlane introduce el libro de manera sugerente, mostrando el amplio espectro de cambios en las Américas entre 1774 y 1825. De una parte, la Revolución Francesa y los sucesos napoleónicos produjeron una tormenta política en Europa cuyas consecuencias repercutieron en América. De otra parte, este proceso transcontinental de liberación de colonias empezó en las trece colonias británicas de Norte América, entre 1774 y 1783. Este fue el primer eslabón de la cadena de cambios políticos que pusieron en jaque el mundo atlántico de Europa Occidental y sus dominios americanos. Así, en todo el continente americano, en el Norte y en el Sur, los gobiernos

imperiales fueron reemplazados por una nueva constelación de estados independientes, los cuales se liberaron de la autoridad de las monarquías de las que dependían. McFarlane señala la importancia que el estudio del colapso del Imperio español y el surgimiento de las nuevas repúblicas ha cobrado en la reflexión histórica y el interés cada vez mayor de los historiadores en el tema, visto desde distintas perspectivas. Es así como señala nuevos aportes sobre el tema, parte de los cuales aparecerán expuestos en la reseña que presentamos a continuación. Buscando ofrecer una información básica sobre los distintos ensayos, utilizaremos en algunos casos, los fundados conceptos de McFarlane.

Para iniciar, John Lynch presenta un balance sobre la reciente historiografía de la independencia hispanoamericana que revela la valiosa y abundante producción de los últimos diez años (1985-1995), especialmente en Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España y algunos países latinoamericanos. Su análisis recoge perspectivas diversas: muestra de que modo han variado los temas, conceptos, contextos y periodizaciones para abordar el asunto. Analiza los distintos estudios que han centrado sus esfuerzos en comprender los orígenes de la independencia; la economía y la sociedad; el movimiento político; la iglesia; las ideas políticas; la identidad nacional y las relaciones internacionales. Los libros y artículos reseñados son de gran importancia para el historiador, pues recogen la más significativa producción historiográfica de la década. Concluye Lynch afirmando que los historiadores tienen ahora una distinta aproximación a la independencia hispanoamericana: "se trata de un período de transición y no de un evento autónomo" (p. 41), y así mismo, de la historia de las gentes y de sus diferentes formas de respuesta a la crisis del mundo hispánico y al estado común de liberación del régimen colonial. Sin embargo, la historiografía reciente no ha creado una gran teoría de la independencia, ni nadie ha descubierto un nuevo libertador o una nueva revolución. En la última década casi todos los tópicos algo han avanzado; de manera notable, aspectos tales como los períodos prerrevolucionarios, los movimientos sociales y el nacionalismo incipiente; otros, como la demografía, la religión y las ideas, lo han hecho en una menor extensión. Pero aún donde hay vacíos, éstos han sido identificados y las investigaciones ya se han iniciado.

En el segundo capítulo, titulado "De lo uno a lo múltiple: dimensiones y lógicas de la independencia", François Xavier Guerra pone en cuestión los significados equívocos de la palabra "independencia"; luego presenta la

independencia como ruptura con el poder regio y con la España peninsular, como fragmentación interna de la América hispánica y como ese conjunto multisecular que era la monarquía hispánica y el fracaso de un Imperio tal como los Borbones habían intentado construirlo (pp.44-45). Discute el contenido de hipotéticas nacionalidades y muestra por qué el Estado no es el punto de llegada de la nación sino un punto de partida para su creación: "La Independencia precede tanto al nacionalismo, como a la nación", afirma (p.47). Al preguntarse por las identidades colectivas previas en que se fundaron los nuevos Estados y de qué modo adoptaron esa forma inédita de existir que es la nación moderna, Guerra considera que "Esta nación soberana que legitima la independencia no es una realidad atemporal que existió siempre y en todos los sitios, sino un nuevo modelo de comunidad política que se va forjando a lo largo del siglo XVIII, y se impone con la revolución norteamericana, y sobre todo con la revolución francesa" (p.47). De otra parte, propone algunas consideraciones sobre las múltiples dimensiones del proceso de independencia y la pluralidad de fenómenos de diferente índole a que ella remite en la América hispana, tales como la implosión de un conjunto político multicomunitario; la existencia de una época revolucionaria por las profundas y bruscas mutaciones que se produjeron entonces; y la vasta conmoción social que puso en movimiento una multitud de actores sociales, con una amplitud y simultaneidad sin equivalente en otras épocas históricas. Más allá de sus múltiples facetas y de la diversidad local, Guerra considera que este es un único proceso histórico, por su punto de partida, porque la lógica y los ritmos del proceso son similares en las diferentes regiones, a pesar de la gran diversidad de las estructuras sociales, y porque la relación de los fenómenos políticos, culturales y militares entre las diferentes regiones es tal, que es imposible estudiarlos con una óptica exclusivamente local. Finalmente, Guerra se refiere a los actores nuevos y viejos que intervinieron en la Independencia y a las primeras fases de la dinámica revolucionaria, y concluye señalando uno de los problemas que la independencia legó a las generaciones futuras, el de la nación. México y Chile, en su concepto, consiguieron constituirse en comunidades ciertas e indiscutibles a partir de comunidades políticas del antiguo régimen que les sirvieron de base; los demás países, deberán hacerlo a partir de las ciudades principales; "la nación" será el resultado, difícil y a veces aleatorio, primero de los conflictos o de los pactos entre esas ciudades y después de la fortuna de las armas de los libertadores. Pero en todos los casos quedarán todavía por construir otras dimensiones constitutivas de la nación moderna: "la social, romper la sociedad estamental para crear individuos y ciudadanos; y la cultural, hacer que todos compartan una memoria

y un imaginario comunes, aunque sean míticos. Tareas que, en la mayoría de los casos, ocuparán una buena parte del siglo XIX" (p.68).

David Bushnell compara los orígenes, procesos y resultados de los movimientos de independencia en las Américas británica y española. Su ensayo revela similitudes y diferencias, aunque tales movimientos tuvieron una característica común, ellos emergieron de las sociedades coloniales que estuvieron sujetas a crecientes presiones por parte de los estados metropolitanos atravesados por una continua competencia económica y frecuentes guerras. Esta competición inter-imperialista tuvo muchos efectos: las demandas de políticas de "modernización defensiva" para fomentar la guerra, a través de políticas militares, administrativas y reformas fiscales, perturbaron el *status quo* americano; por su parte, las reformas coloniales provocaron reacciones rebeldes, en el norte y el sur. Cuando nuevos impuestos provocaron motines en norteamérica británica durante 1765-66, también reformas fiscales y administrativas catapultaron la rebelión de Quito en 1765; cuando la guerra norteamericana de independencia estaba alcanzando su clímax, hispanoamérica estaba convulsionada por la gran rebelión de los comuneros en el Nuevo Reino de Granada y la insurrección de Túpac Amaru en Perú entre 1780 y 1782. Pero las respuestas de las colonias de América británica y española difirieron en algunos aspectos de importancia. La rebelión hispanoamericana bajo el reinado de Carlos III fue temporal, los conflictos regionalizados no se difundieron a otras colonias, no amenazaron la integridad del imperio como un todo, y no tuvieron una secuela inmediata. Las protestas coloniales contra la política británica, por contraste, se desarrollaron dentro de una larga campaña para revertirla, que se transformó en un movimiento de independencia, en el cual, mientras la América británica declaró la independencia contra la metrópoli que fue la cumbre de su poder, hispanoamérica se movió hacia su independencia solamente cuando el origen del poder efectivamente colapsó. Esto refleja una importante diferencia entre la América británica y la española: mientras la primera fue una "monarquía republicanizada", la otra era aún una monarquía absoluta, una sociedad de *Ancien Régime* con una cultura política basada en la lealtad a la Corona y a la Iglesia. El impacto del cambio político en hispanoamérica fue mayor entonces que en la América británica, y sus resultados fueron diferentes. Pero las diferencias entre estructuras sociales y económicas, instituciones y culturas políticas de hispano y angloamérica no invalidan las comparaciones.

Por otra parte, otras semejanzas y diferencias han sido halladas en las guerras entre abogados e insurgentes, grupos sociales involucrados, patrones de alineamiento político, papel de grupos de interés económico específico y papel del clero, todos de los cuales, sugiere Bushnell, ofrecen un intrigante potencial para la comparación. Claramente, las variaciones en los contextos sociales y la marcada diversidad en las instituciones políticas, prácticas y creencias instauradas por las diferentes culturas europeas garantizaron que muchos aspectos fueran diferentes en los movimientos americanos de la independencia. Pero, mientras más se ha asumido que los movimientos de independencia de América, particularmente los de Latinoamérica, nunca fueron realmente "revolucionarios" dado que ellos no pudieron competir con la Revolución Francesa o las "revoluciones sociales" modernas, los historiadores han comenzado a cambiar su punto de vista en este tema, tal como aparece tanto en la América británica como en la española. Actualmente, hay una creciente tendencia a enfatizar los cambios considerables que afectaron las sociedades monárquicas, las cuales, en el curso del conflicto con sus poderosos orígenes, adoptaron ideas y prácticas que atacaron las distinciones sociales del *Ancien Régime*, exaltaron lo individual y promovieron una participación política mas amplia. Los puntos desde los cuales comenzaron los movimientos hacia la independencia en la América británica y española no fueron los mismos y esto, por supuesto, afectó sus resultados. Analizar de manera comparativa estas revoluciones, permite ubicar a hispanoamérica en una nueva perspectiva, desde la cual es más fácil apreciar el tremendo significado de los cambios políticos puestos en movimiento por la adopción de la soberanía popular y la representación, como las principales claves de la política, y las justificaciones fundamentales para construir nuevos estados.

Un aspecto de la independencia, de importante atención en los años recientes, ha sido la experiencia del conflicto político en hispanoamérica y las vías por las cuales la política metropolitana incidió en el desarrollo y consecuencias de las luchas entre España y sus colonias. Centrados en Nueva Granada, el ensayo de Rebeca Earle explora los problemas que encontraron los oficiales españoles buscando rehacer la autoridad perdida después de la restauración de Fernando VII en 1814. De una parte, Earle muestra que la derrota del gobierno español no fue de ningún modo definitiva. Realmente, la experiencia del conflicto civil y la turbulencia política durante los años 1810-1814, en lo que se ha conocido en la historiografía como la Patria Boba,

abrieron el camino para que España reimplantara su gobierno exhibiendo una significativa fuerza militar. De otra parte, la restauración del régimen colonial falló debido a una política de represalias que produjo duras reacciones de parte del bando patriota; además la presencia de fuerzas armadas españolas, cuyo sentido de la política estaba subordinado a su misión militar, produjo efectos negativos en las gentes patriotas. De este modo, a los fracasos republicanos que aseguraron la independencia pasada entre 1810 y 1815, se sucedieron los fracasos de la restauración del Imperio español entre 1815 y 1820.

En su ensayo, Klaus Gallo, nos ofrece una interesante exploración sobre las repercusiones políticas de la caída del orden colonial español y la consiguiente lucha para formar un sistema político que pudiera reemplazarlo. La región del Río de la Plata fue en algunos aspectos, un caso especial. Aquí, la militarización de la política fue particularmente rápida y pronunciada. Buenos Aires usó métodos violentos para extender su autoridad sobre las provincias del interior del antiguo Virreinato del Río de la Plata. La determinación de imponer un gobierno autónomo y unificado en lugar del Virreinato, y una movilización militar rápida para lograr sus metas, no garantizaron la estabilidad. Por el contrario, las diferencias ideológicas y las rivalidades políticas de los líderes del gobierno de Buenos Aires, asociadas a la disponibilidad de los militares para intervenir en política, generaron división y conflicto. Mientras Buenos Aires estaba tratando de ganar el control sobre las provincias, su propio gobierno estaba fracturado por divisiones personales y políticas nocivas. Si bien, los dirigentes del Río del Plata, como los de Nueva Granada, no tuvieron una agenda política compartida, en ambos casos, la lucha interna por el poder determinó la inestabilidad del nuevo orden. Cuando la armada real arribó al Río de la Plata, ellos debieron haber encontrado una recepción similar a la dada al general Morillo en la Nueva Granada. En vez de lo anterior, los políticos argentinos en el poder entre 1814 y 1815, tuvieron en mente poner al país bajo un régimen británico, o en manos de un príncipe europeo que trajera la estabilidad y el orden bajo una monarquía. A diferencia del Nuevo Reino de Granada y de otras áreas de hispanoamérica, el Río de la Plata no sufrió la reconquista española y más bien buscó una independencia completa. Aún así, la influencia de los militares favoreció al gobierno centralista, pues aquellos fueron incapaces de subordinar las provincias a su voluntad política, y más bien contribuyeron a mantener la inestabilidad. El gobierno de Rivadavia trató de reducir la influencia militar después de 1820, pero fue imposible. El uso de la fuerza, que se había vuelto

habitual en la década anterior, resurgió rápidamente para ponerle cortapisas al gobierno civil, tal como ocurrió con los caudillos armados, quienes hicieron valer su poder desde las provincias.

En otro orden de ideas, Véronique Hebrard examina el tema de la ciudadanía y la participación política en la Venezuela de los años 1810-1830, en la perspectiva de la construcción de un nuevo orden político en hispanoamérica. La autora analiza las disposiciones adoptadas para definir la ciudadanía con el objeto de precisar cómo y por quién se definía su ejercicio. Al desarrollar estos tópicos, pone en evidencia las limitaciones reales de la participación política, explícita en el discurso de las élites y en los debates que se desarrollaban entre miembros de la sociedad. Hebrard se plantea varios interrogantes que orientarán sus reflexiones: "¿Qué pudo significar la adopción de un 'sistema popular representativo' [...] fundado en principios políticos modernos, en una sociedad fuertemente heterogénea, poco acostumbrada a tal práctica, estructurada en cuerpos, y regida por privilegios?, ¿en qué medida las nuevas élites estuvieron dispuestas a compartir ese principio con el pueblo que les espantaba y del cual temían desenfrenos?, ¿cómo conjugar, a pesar de todo, la referencia al principio de soberanía popular y las urnas, con la voluntad de distanciarse del pueblo real, de apartarlo en los hechos si no en los textos, de una participación política a la cual podía desde entonces pretender?" (p.122). Estos interrogantes son estudiados por la autora, haciendo énfasis en dos principios que, singularizan a Venezuela durante este período: "el concepto de utilidad como discriminatorio del ejercicio de la soberanía y de sus derechos correspondientes, y la huella del elemento militar en la definición del ciudadano" (p.123). A lo largo de su exposición Hebrard demuestra varios aspectos, de los cuales resaltaremos los siguientes: a. mientras las élites sociales aceptaron la doctrina de la soberanía popular para legitimar el nuevo estado, rápidamente se movieron para neutralizar sus implicaciones sociales; b. las distinciones entre unos ciudadanos "activos" y otros "pasivos", voto calificado y sistemas de voto indirecto, fueron usadas para ablandar el impacto de la representación popular; c. la guerra generó necesidades para armar a los hombres, lo que significaba que los soldados que lucharán por la causa patriótica, estaban exentos de restricciones, al menos mientras duraba el conflicto con España. Sin embargo, mientras la adhesión popular a la causa patriótica se amplió, los "soldados-ciudadanos" tendían a dar un excesivo peso político a lo militar, lo que aumentó los problemas para un tiempo de paz, mientras que los "soldados-ciudadanos" se fueron

transformando en "ciudadanos-soldados"; d. trátese de las limitaciones vinculadas con la práctica del voto o de las demás disposiciones para la participación política, existe en la Venezuela de entonces, una voluntad por cerrar este espacio a la mayoría de los individuos del cuerpo social, a aquellos que no gozan de la ilustración necesaria al libre ejercicio de la razón. Así, lo que sobresale en términos de participación, "es la tensión permanente entre el 'nombre y la razón'" (pp.152-153).

En el capítulo septimo, Alfredo Joselyn-Holt Letelier presenta un ensayo titulado "La república de la virtud: repensar la cultura chilena de la época de la independencia." El autor pone en cuestión la tesis predominante en la historiografía chilena, según la cual, "El estado ha sido el eje articulador del orden político chileno", "orden y progreso que en el siglo XIX, supuso un altísimo grado de autoritarismo" (pp.154-155). En contraste, propone que durante el período de independencia va surgiendo una esfera político cultural equidistante y autónoma del Estado y de la sociedad tradicional y sugiere que en dicha esfera cultural es posible un margen amplio de libertad conceptuada en términos no autoritarios. Después de discutir visiones historiográficas de la cultura, de las cuales se desprende una continuidad cultural a pesar de la ruptura política de la Independencia -que va de la Ilustración borbónica al republicanismo, continuidad marcada por cierto dirigismo estatal persistente-, el autor sostiene que la Independencia es una ruptura que se apoya, sin embargo, en factores que marcan cierta continuidad; que la coyuntura de la independencia impone a la élite de poder la necesidad de legitimarlo, difundirlo y explicarlo, y que ese esfuerzo es más que de estructuración institucional estatal, de significación política, por lo que la discusión política doctrinaria está atravesada por un orden cultural. En esta perspectiva, para el autor, el desafío que trae consigo la Independencia es eminentemente ético-político. Por ello, "es el Estado el que surge de un ámbito cultural y no viceversa" (p.162). Después de referirse a la producción cultural al margen del Estado, una de las cuales fue la de los jesuitas, y a un ambiente crecientemente dialogal en el siglo XVIII, Joselyn-Holt presenta quizás uno de los aspectos más llamativos detrás del nuevo orden propuesto a partir de la independencia, el que la política descansa en una reflexión doctrinaria que hace de los afectos o sentimientos su punto de partida. Para ello explora una fuente iconográfica muy rica, la obra pictórica del Mulato José Gil de Castro (alrededor de 80 retratos de figuras contemporáneas de la Independencia), que permite constatar una profunda mutación cultural y un

salto cualitativo que va de un arte conventual a un arte secular contextualizado por lo político y lo doméstico. Así, al decir del autor, "Lo político abarca bastante más que lo propiamente estatal porque es parte de un proceso cultural más complejo" (p.174).

Finalmente, el ensayo de Timothy Anna, se refiere al problema del Estado después de la independencia. La historiografía de México, argumenta la autora, ha sido distorsionada por un "metadiscurso nacionalista", el cual ha retratado la historia de la independencia de México como una lucha contra un regionalismo rodeado de tinieblas, en el cual pequeños intereses locales han bloqueado la consolidación de un estado nacional viable. Esta visión puede ser invertida, según la autora. Tal vez, como Anna sugiere, fueron las ambiciones centralistas de élites en la capital, las que constituyeron el principal obstáculo para establecer una república estable, más que la actitud intransigente de las provincias, la que los historiadores han estado inclinados a censurar. Si miembros de la élites mexicanas imaginaron una comunidad nacional como un sucesor natural del régimen colonial, mucha gente en las provincias y cantidades de clases bajas, no tuvieron un sentido de identidad nacional; por el contrario, ellas vieron la lucha contra España y el establecimiento de un estado independiente, como una manera de expresar sus agravios, presionar sus derechos y demandar su autonomía (aún en el caso del Yucatán, para buscar independencia total). Claramente entonces, propone Anna, necesitamos prestar más atención a las aspiraciones de los grupos provinciales y subalternos, y reconocer que la república mexicana fue construida desde las periferias y desde abajo, como desde el centro y desde arriba. La defensa de la autonomía local, primero forjada bajo los Habsburgos españoles (con su estructura política multicomunitaria, bajo una autoridad centralizada) fue afinada durante las guerras de independencia y no necesariamente miró sólo al pasado. Los poderosos impulsos federalistas, los cuales llevaron a la independencia mexicana, también señalaron la parte que jugaron las provincias y los campesinos en la fundación de un nuevo Estado y su determinación para asegurar que este reflejara sus intereses. Así, el logro de la independencia no debería ser considerado como algo aislado y más bien podría ser visto como un episodio en la transición desde un "*Ancien Régime*" a un moderno Estado-nación, inaugurado bajo los borbones y completado con el triunfo liberal en la década de 1860; una transición que trajo nuevos grupos a la política y generó nuevas visiones de la vida política y social.

Para terminar, McFarlane ve necesario reconsiderar muchas ideas recibidas sobre la independencia de hispanoamérica, para dar lugar a nuevos conceptos y contextos cronológicos, y para estudiarlos desde nuevos ángulos. Por lo expuesto, es evidente que la independencia fue más que un simple rompimiento con el estado colonial. Ella puso en movimiento la formación de comunidades políticas, que si bien eran herederas de un mundo hispánico unido por el idioma, la religión y la cultura, encarnaron radicalmente nuevas visiones de organizaciones políticas y sociales y dieron lugar a preguntas fundamentales acerca de la identidad de la nación y de los propósitos del Estado.

LUIS JAVIER ORTIZ M.

Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.